

# El Mago del Norte

ISAIAH BERLIN

Traducción de Jaime Moreno Villarreal



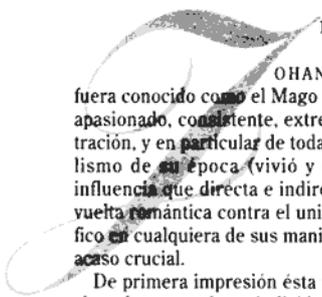
*"Hamann es el pionero del antirracionalismo en todos los terrenos. Ni a Rousseau ni a Burke, sus contemporáneos, puede llamárseles así justamente, pues las ideas explícitamente políticas de Rousseau son clásicas por su racionalismo, mientras que Burke, aunque denuncia por un lado las teorías fundadas en abstracciones, apela por el otro al sereno buen juicio de los hombres reflexivos. Hamann no aceptaba nada de eso: dondquiera que la hidra de la razón, la teoría y la generalización asomaba una de sus tantas monstruosas cabezas, él habría de cortarla. Abrió un arsenal al que recurrieron algunos de los románticos más moderados —como Herder y algunas mentes aún más sosegadas como la del joven Goethe, o el mismo Hegel, quien escribió una reseña extensa y no muy amigable de sus trabajos, e incluso el ecuaníme Humboldt y sus compañeros liberales— para extraer algunas de sus armas más eficaces. Él es la fuente olvidada de un movimiento en el que finalmente se abismaría toda la cultura europea."*

Hay que hacerlo todo o nada; lo mediocre, lo moderado me parecen repulsivos; yo prefiero un extremo.

*Hamann a J.G. Lindner, 20 de mayo de 1756.*

Piensa menos y vive más.

*Hamann a J.G. Herder, 18 de mayo de 1765*



JOHANN GEORG HAMANN, quien fuera conocido como el Mago del Norte, fue el enemigo más apasionado, consistente, extremado e implacable de la Ilustración, y en particular de todas las modalidades del racionalismo de su época (vivió y murió en el siglo XVIII). La influencia que directa e indirectamente ejerció sobre la reuelta romántica contra el universalismo y el método científico en cualquiera de sus manifestaciones fue considerable y acaso crucial.

De primera impresión esta puede parecer una afirmación absurda acerca de un individuo cuyo nombre es escasamente conocido en el mundo de habla inglesa, y que aparece apenas mencionado —en el mejor de los casos— en algunas de nuestras enciclopedias mayores o más especializadas como escritor esotérico, confuso y oscuro hasta el punto de la completa ininteligibilidad; una figura excéntrica y aislada, de

cuyas ideas casi nada se dice —más allá del dato de que lo afligía una especie de cristianismo altamente individualista (comúnmente descrito como variante del pietismo), de que creía en las verdades ocultas de la revelación divina y en la inspiración por medio de las Escrituras, de que repudiaba el ateísmo y el materialismo franceses de su época, y de que era cuando mucho una figura menor del movimiento literario alemán conocido como *Sturm und Drang* ("Tormenta y Ansiedad"). Las historias de la literatura y las monografías hablan a veces de él como un integrante menor del torbellino de la literatura "pre-romántica" alemana de las décadas de 1760 y 1770; aparece en las biografías de Kant como un conciudadano de Königsberg, un diletante insatisfecho, un filósofo aficionado al que Kant ayudó en cierta ocasión pero luego abandonó, y que criticaba al filósofo sin entenderlo; las biografías de Goethe incluyen ocasionalmente menciones de admiración entresacadas de la autobiografía del poeta, *Dichtung und Wahrheit*.

Pero de allí no emerge ninguna impresión definitiva: en esos trabajos históricos (tal como ocurrió en su vida) Hamann permanece al margen de la corriente central de ideas, como una causa de moderado asombro, o de cierto interés para los historiadores de la teología protestante; de otro modo, frecuentemente pasa totalmente inadvertido. Aún así, J.G. Herder —a quien difícilmente puede disputársele la mutación que produjo en la escritura histórica y sociológica— le escribió en cierta ocasión que se contentaba con ser "un camellero turco que amontona manzanas sagradas ante su divina bestia ambladora que porta el Corán". Herder reverenciaba a Hamann al hombre de genio, lo consideraba el principal de sus maestros, y a su muerte veneró su cenizas como los restos de un profeta. Aunque América recibiera el nombre de Américo Vespucci, fue Colón quien descubrió el gran continente: en este caso el Colón era Hamann, según lo admitía Herder abiertamente.

Un discípulo de Hamann, Friedrich Heinrich Jacobi, transmitió parte importante de su pensamiento a los metafísicos románticos de principios del XIX. Schelling consideraba a Hamann un "gran escritor" a quien Jacobi quizá no entendía del todo; B.G. Niebuhr habla sobre su "naturaleza demoníaca" y su fuerza sobrehumana; Jean Paul dice que "el gran Hamann es un cielo profundo constelado de estrellas remotas, con tantas nebulosas que no hay ojo humano que pueda despejar", y para ser palabras de un escritor romántico, las de Jean Paul llegan a extremos inauditos en el elogio

de su genio único e insuperable; con ánimo similar, J.K. Lavater dice que a él le basta con "recoger las migajas de oro de su mesa", mientras que Friedrich Karl von Moser, el "Burke alemán", admira su vuelo de águila. Aunque parte de todo esto se deba a un entusiasmo de sus contemporáneos que no dejaría significativa huella en generaciones posteriores, basta para despertar la inquietud acerca de la personalidad de esta singular figura que permanece medio oculta tras la fama de sus discípulos.

Hamann recompensa a quien lo estudia: es uno de los pocos críticos originales de los tiempos modernos. Sin deudas conocidas con otros pensadores, endereza su ataque masivo contra la ortodoxia prevaleciente, con armas que, si bien en algunos casos son obsoletas, ineficaces o absurdas, tienen en cambio la suficiente fuerza para cortar el paso al avance enemigo, para sumar aliados a su bandera reaccionaria y para lanzar —en la medida en que pueda decirse que alguien lo haya hecho— la resistencia secular al advenimiento de las luces y la razón en el siglo XVIII, esa resistencia que con el tiempo culminaría en el Romanticismo, el oscurantismo y el reaccionarismo político, en una grandiosa y profundamente influyente renovación de las formas artísticas y, a fin de cuentas, en un daño permanente a la vida social y política de los hombres. Una figura como ésta exige seguramente cierto grado de atención.

Hamann es el pionero del antirracionalismo en todos los terrenos. Ni a Rousseau ni a Burke, sus contemporáneos, puede llamárseles así justamente, pues las ideas explícitamente políticas de Rousseau son clásicas por su racionalismo, mientras que Burke, aunque denuncia por un lado las teorías fundadas en abstracciones, apela por el otro al sereno buen juicio de los hombres reflexivos. Hamann no aceptaba nada de eso: dondequiera que la hidra de la razón, la teoría y la generalización asomaba una de sus tantas monstruosas cabezas, él habría de cortarlas. Abrió un arsenal al que recurrieron algunos de los románticos más moderados —como Herder y algunas mentes aún más sosegadas como la del joven Goethe, o el mismo Hegel, quien escribió una reseña extensa y no muy amigable de sus trabajos, e incluso el ecuaníme Humboldt y sus compañeros liberales— para extraer algunas de sus armas más eficaces. Él es la fuente olvidada de un movimiento en el que finalmente se abismaría toda la cultura europea.

## 2

En lo exterior por lo menos, la vida de Hamann transcurrió sin incidentes notables. Nació el 27 de agosto de 1730 en la ciudad de Königsberg, capital de Prusia Oriental.<sup>1</sup> Su padre, Johann Christoph, era oriundo de Lusatia y todo indica que se trataba de un cirujano barbero que se convirtió en supervisor de los baños municipales, cosa que le daba cierto orgullo. Su madre, María Magdalena, venía de Lubeck. Como se ve, el origen social de Hamann era muy diferente de los de Kant y Schiller, y bastante más humilde que los de Goethe, Hegel, Hölderlin y Schelling —ya no se diga los de los hijos de la alta burguesía y la nobleza. Los antecedentes de su familia eran pietistas; es decir que su familia pertenecía —sin haber desempeñado un papel prominente— a aquella del luteranismo alemán que, inspirada por la revuelta contra la

cultura libresca y el intelectualismo en general que estalló en Alemania hacia fines del siglo XVII, ponía el acento en la hondura y sinceridad de la fe personal y en la unión directa con Dios a través del auto-examen escrupuloso, la religiosidad apasionada, intensamente introspectiva, y el ensimismamiento concentrado y la oración, por cuyo medio el yo pecador y corrupto se humillaba y el alma se abría a la bendición de la divina e inmerecida gracia.

Esta ala altamente subjetiva del protestantismo alemán tenía sus equivalentes en la Hermandad Moravia, en el misticismo de los discípulos ingleses de Jakob Bohme (Samuel Pordage, por ejemplo), en el misticismo de Valentin Weigel, el de Johann Arndt y los seguidores de William Law en el siglo XVIII, el misticismo de los predicadores metodistas —los Wesleys y Whitefield— y el de Swedenborg y sus discípulos, entre ellos William Blake. Se extendió profusamente por Escandinavia, Inglaterra y Estados Unidos, y en algunas de las logias masónicas y rosacruces de Francia y Alemania. Los pietistas germanos se caracterizaban por un emocionalismo muy propio y —especialmente durante la segunda mitad del siglo— por el auto-envilecimiento y la mortificación lóbregamente puritanos, y por la severa oposición tanto a los placeres del mundo en general como específicamente a las artes seculares, 'oposición que había sido característica también de los calvinistas de Ginebra, Escocia y Nueva Inglaterra.

Aunque la inclinación introspectiva y ascética de esta corriente puede rastrearse en la personalidad y el pensamiento de Hamann, el crudo puritanismo —del que hay notables huellas en Kant, quien fuera producto de un ambiente similar— está totalmente ausente. También se halla ausente en su obra el sentimentalismo superficial y a veces histérico de cierta escritura confesional pietista. Hamann se muestra libre del odio estrecho al estudio —que años atrás provocara en el mismo siglo XVIII la expulsión del discípulo de Leibniz, Christian Wolff, de Halle— como ajeno a las modalidades más exhibicionistas del protestantismo alemán, si bien fue devoto hasta el fin de sus días de la vida y la personalidad de Lutero.

Su educación fue un tanto desordenada. Recibió instrucción de un ex-sacerdote que creía en la enseñanza del latín sin gramática. Él y su hermano pasaron de una a otra sordida escuela y nunca adquirieron respeto por ningún sistema. Al cumplir los quince años, la edad en que normalmente se accedía a la educación superior en Alemania por entonces, se las arregló para colarse a la Universidad de Königsberg, donde asistió a cursos de historia, geografía, filosofía, matemáticas, teología y lengua hebrea, y donde desarrolló sus considerables aptitudes. Siguió los cursos de filosofía de Martin Knutzen, quien también había sido profesor de Kant, y se interesó lateralmente por la astronomía y la botánica. No parece ser que la teología lo haya atraído. Según cuenta en su autobiografía, prefirió "la Antigüedad, la crítica..., la poesía, las novelas, la filología, los autores franceses con su peculiar don para la invención, para la descripción y con esa capacidad para darle gusto a la imaginación". Deliberadamente evitó adquirir conocimientos útiles y siguió con obstinación estudios humanistas sólo por seguirlos, con la determinación de ser siempre un sirvo de las musas.

Prolongó a media docena de años su estancia en la universidad, participó en publicaciones literarias estudiantiles, hizo

amistades y se le recuerda como hombre de carácter apasionado, afectuoso y sensible, franco e impulsivo, de genio vivaz, con necesidad de afecto, tímido, de ideas nobles y exigente gusto literario. Sus escritos de esa época son de poco interés. No había desarrollado las excéntricas cualidades de estilo que en años posteriores lo harían famoso —tanto a él como a su estilo. A los veinte años, publica en la revista literaria *Daphne* como el típico joven alemán de la *Aufklärung*, que profiere sentimientos impecablemente convencionales derivados de la literatura francesa, con inclinación —para nada excepcional entre los escritores alemanes del momento— hacia el estilo recargado en un esfuerzo por imitar el *esprit* y el goce galos, que en los escritores alemanes frecuentemente se trocaban en torpes, elefantiásicos, embarazosos y patéticamente faltos de ingenio. Leía desmesurada y caóticamente, y así inició esa vasta acumulación de información aparentemente sin correspondencias que atestó tiempo después sus páginas.

Después de la universidad, no sabía cuál carrera elegir: se veía en él a un prometedor hombre de letras, a un discípulo de las luces francesas que podría dejar su impronta como ensayista o periodista. Al igual que otros estudiantes sin recursos de por entonces, se hizo tutor de los hijos de la próspera burguesía local; hizo amistad con los hermanos Berens, ricos comerciantes de la ciudad de Riga, hoy día capital de Letonia (llamada entonces Livonia, y parte del Imperio Ruso), a donde lo persuadieron a acompañarlos. Christoph Berens era un ilustrado que tenía gran fe en la entonces naciente ciencia de la economía, y que condujo la atención de Hamann hacia la cultura económica francesa de aquel tiempo.

La primera obra que realizó Hamann en ese periodo es un apéndice a su traducción de un libro de Plumard de Dangeul, el economista francés. En el curso de esta obra, luego de un excursu autobiográfico —en el que imita los *Night Thoughts* de Edward Young, y no a Rousseau— acerca de su triste vida como instructor, acerca de su misantropía y los múltiples ataques de tristeza y melancolía que sobrellevaba, se las arregla para citar a Terencio, Cicerón, Madame de Graffigny, Gellert, Jenofonte, Montesquieu, Plutarco, Pope, Hume, a los primeros Concilios de la Iglesia, a Platón, Mandeville, Eneas Silvio, al marqués Belloni, a Mathurin Régner y el testamento político del cabecilla de una banda de contrabandistas. Ensalza la *Enciclopedia* y concluye con una gran alabanza de los comerciantes como tales, hombres comprometidos con el creciente bienestar material que cultivaron el arte de la paz contra los salteadores feudales, los monjes corruptos y holgazanes del Medioevo, contra las terribles guerras que devastaron a la humanidad, con las que contrasta favorablemente al siglo XVIII como una edad de paz.<sup>2</sup> Si Platón y Eneas Silvio hubieran vivido por entonces y hubieran conocido a los Berens, no habrían visto con desdén el comercio ni hubieran despreciado a los comerciantes del Pireo y a los banqueros de Italia. El comercio es un modo altruista de benevolencia, aporta bendiciones superiores a las de esos déspotas bañados en sangre de que hablaron Maquiavelo o Hobbes.

Todo esto era bastante convencional, y los Berens debieron sentirse complacidos: eran mercaderes progresistas, ansiosos por adornar sus actividades comerciales con obras de cultura educada. Les gustaba inmiscuirse en cuestiones económicas, y aunque Hamann era a ojos vistas un pez raro con una imaginación fuera de lo común, muy diversa de la de los más pulcros

imitadores del estilo francés —que por aquel tiempo Alemania podía presumir a montones—, hizo honor a la casa.

De cuando en cuando, Hamann entraba en pleito con sus patronos y se hacía tutor entre las familias de la nobleza germana a lo largo de la costa báltica. Era un hombre sensible que resentía la mezcla de mecenazgo con filisteísmo que caracterizaba (y ciertamente caracterizará más adelante) a los barones del báltico. Su meditación sobre la muerte de su madre en Cristo, con el epígrafe de Young ("Llora a sus Muertos, quien vive como ellos lo desean"),<sup>3</sup> es una pieza absolutamente convencional. En 1756 podría haber quedado relegado como imitador menor de los críticos franceses, con un interés especial en la economía, como lector de Voltaire, Montesquieu y el abate Coyer, como partidario de la libertad y la igualdad, como defensor de la virtud civil y el espíritu público. En resumen, en esta etapa Hamann era un vocero de la burguesía ascendente, opuesto a nobles y militares, uno de esos jóvenes progresistas que coincidían con Kant y con su amigo común Berens en que lo "honestamente ganado" colma al ciudadano de clase media de un orgullo semejante al que colma por "bien nacido" a un aristócrata. Esta opinión era compartida además por Gotthold Ephraim Lessing, Denis Diderot, François Quesnay y todos los demás campeones del progreso y la empresa privada, de la paz y la Ilustración, y constituía una creencia de lo más común por aquel tiempo.<sup>4</sup> Si Hamann hubiera muerto entonces, se hubiera merecido la oscuridad que sobrelleva actualmente; pero en 1756 emprendió un viaje que habría de alterar su existencia.

No se sabe claramente por qué Hamann fue enviado en 1756 a Londres. Sabemos que la empresa de los hermanos Berens lo envió a cumplir una misión que él no condujo a buen término. A la fecha, la naturaleza exacta de esa misión sigue siendo un misterio. Puede que haya razones para creer que era política a la par que comercial. Algunos investigadores suponen que su objetivo era llevar una propuesta a grupos líderes de la esfera política británica para que consideraran la posible secesión del territorio báltico "alemán" del Imperio Ruso, para constituir un estado independiente o semi-independiente, plan que seguramente atraería a los ingleses por el reconocido temor que tenían del poder ruso en expansión. Si eso era, no ocurrió nada, y si existe algún registro al respecto, hasta el momento no se ha encontrado.

De acuerdo con Swedenborg, el año de 1756 precedería al Juicio Final, en el que la antigua Iglesia sería arrasada y la nueva, "verdadera" Iglesia universal de la auténtica Cristiandad, surgiría, como el fénix, de sus cenizas. Aunque el mundo no sufrió ningún notable cataclismo de esa especie, algo así fue lo que ocurrió en el fuero interno de Hamann. Una crisis vital lo transformó y le hizo dar a luz la figura que, a su tiempo, habría de alterar drásticamente el pensamiento de su época.

Entre las provincias alemanas de mediados del siglo XVIII, Prusia era la más enérgica y conscientemente progresista. Conducida por la ambición y la energía turbulenta de Federico el Grande, la burocracia ilustrada de Berlin sostenía un enorme esfuerzo para elevar el nivel social, económico y cultural de Prusia con vistas a igualarlo con el de los países más admirados del Occidente, en primer lugar Francia y su capital, cuya supremacía era reconocida por todo el mundo civilizado. Se crearon, fomentaron y desarrollaron industrias y comercios con apoyo y control estatal; las finanzas se racio-

nalizaron, la agricultura se perfeccionó; se llevó a la corte de Potsdam a sabios extranjeros, especialmente franceses, de los que se obtuvo gran beneficio.

La lengua de la corte era el francés. No sólo se concedió a los franceses posiciones principales en el ámbito intelectual —entre ellos Voltaire, Maupertius y La Mettrie fueron solamente los más famosos— sino que se les puso al frente de departamentos administrativos, para aflicción de todos los prusianos auténticos (particularmente los de la tradicional sección oriental de la provincia) que obedecieron a regañadientes. Se hizo todo lo que se pudo para rescatar al país del prolongadísimo periodo de secuelas que arrastraba luego del colapso de parte importante de la vida y civilización alemanas que produjo la criminal Guerra de Treinta Años, con la humillación nacional y la noche oscura que había sobrevenido tanto en lo social como en lo cultural. La política de paternalismo relativamente ilustrado que comenzó con Federico Guillermo, Gran Elector de Brandenburgo, y su nieto, el feroz rigorista Federico Guillermo I de Prusia, se potenció a un nuevo grado de eficientismo implacable por parte del gran rey. Él era un consumado escritor y compositor, además de soldado y administrador de genio; el surgimiento de comerciantes ilustrados —como los Berens en Prusia oriental y el Báltico— y el renacimiento intelectual —entre cuyos líderes figuraban Kant y la Academia de Berlín— estaban en completa armonía con ese nuevo despertar de las energías nacionales.

Ese era el mundo en el que se suponía que el joven Hamann habría de intervenir. Sus amigos sabían que él no era el típico fruto de la Ilustración. Su peculiar combinación de una formación económica y otra religiosa, su incapacidad para lograr la distinción en el terreno de las leyes —disciplina que cursó oficialmente en la Universidad de Königsberg—, el modo como alternaba la indolencia con el repentino esfuerzo superlativo que lo llevaba en direcciones insospechadas, su carencia de sistema, sus periodos de melancolía, su tartamudeo, su orgullo malsano que lo había llevado a reñir con sus patronos, su inhabilidad para sentar cabeza con una ocupación fija no hicieron de él un oficial o literato ideales en aquel moderno Estado centralizado que se hallaba poseído por el anhelo del poder y el éxito, y con un ansia de desarrollo cultural, muy influida por París, de la que *Aufklärer* tales como G. E. Lessing, Moses Mendelssohn y Friedrich Nicolai eran los caudillos. Sin embargo, es claro que hombres como Kant y sus amigos de Königsberg tenían esperanzas en que las facultades naturales y la imaginación de Hamann pudieran de algún modo disciplinarse y ser de utilidad.

Lo que no lograron entender fue que, a pesar de su inicial involucramiento con la Ilustración, él se oponía por temperamento, violentamente, a todo ese sistema: Hamann era básicamente un hombre del siglo XVII nacido en un mundo ajeno, un hombre religioso, conservador, "orientado hacia su interior", incapaz de respirar en el fulgurante mundo nuevo de la razón, la centralización y el progreso científico. Como Samuel Johnson en Inglaterra, representaba una postura supe-rada: las relaciones personales y la vida interior siempre significaron para él más que cualquiera de los valores mundanos. Resultó que no tenía ni los ideales ni el temperamento del típico "progresista"; odiaba al gran Federico, el "Salomón de Prusia", y a su sabiduría secular. Como los eslavófilos

rusos del siglo que vendría, consideraba que la familia era el fundamento de una existencia verdaderamente humana, y que el tejido relajado que se urde en los afectos, la tradición, los valores locales —y también provinciales—, con la menor interferencia de parte de expertos calificados y remotos oficiales, era la única fundación tolerable de una vida verdaderamente cristiana. Nunca fue ateo o agnóstico. Ni pareció tentarle jamás el nuevo sistema franco-prusiano, intelectualmente libre y anticlerical. Posiblemente Hamann no fuera consciente de esto antes de emprender su viaje a Londres, y puede ser que sus parejamente audaces visión económica y odio natural hacia el despotismo pudieran engañarlo, como a sus amigos, respecto de su porvenir y su vocación. Pero pronto todos llegarían a saber con quién estaban tratando.

Después de una dilatada estancia en Berlín, donde trató contacto con Moses Mendelssohn, Nicolai y los otros hombres de letras preeminentes de la capital intelectual del mundo germano, estancia a la que siguieron visitas a Lubbeck, Bremen, Hamburgo, Amsterdam, Leiden y Rotterdam, Hamann arribó a Londres el 18 de abril de 1757. Luego de una cita aparentemente malograda en la embajada rusa, atinente a su misteriosa misión, se estableció en la casa de un profesor de música y decidió probar los placeres de la riquísima vida de aquella gran ciudad occidental. Intentó curar su tartamudeo, trató de aprender a tocar el laúd y se sumergió en lo que más tarde calificaría como una vida de terrible disipación. Más allá de su propio testimonio, que es el de un pecador arrepentido, carecemos de evidencia constituida en torno a lo que ocurrió. Al término de diez meses sus deudas alcanzaban las 300 libras, y se hallaba en un estado de absoluta soledad, miseria y, a veces, terrible desesperación. Accidentalmente, descubrió que el músico, su anfitrión, se hallaba liado en una relación homosexual con un "inglés rico hombre" y la fuerte impresión que esto le produjo parece haber dado ocasión a la gran crisis espiritual de su vida.

Su misión fue un fracaso; se quedó sin un centavo, solo —absolutamente solo— y sin que nadie comprendiera lo que decía. Ansiaba tener un amigo que lo sacara del terrible laberinto en que se hallaba. Retornó a su vida anterior; dejó la casa del músico, se estableció en una humilde pensión y recuperó sus orígenes pietistas: actuó del modo como los pietistas lo harían en circunstancias de opresión espiritual —leyó la Biblia de principio a fin. Ya antes lo había hecho, pero sólo ahora encontró por fin "al Amigo en mi corazón, adonde Él ya se había establecido por cuenta propia mientras yo sentía nada más que vacío, oscuridad y desolación." Tenía hambre de amor, y finalmente lo había hallado. Emprendió su verdadera lectura de la Biblia el 13 de marzo de 1758 y, al modo pietista, dejó anotado el testimonio diario de su progreso espiritual. Poco después escribió, como verdadero discípulo de Lutero, que bajo la letra que es carne existe también un alma inmortal, el aliento de Dios, de la luz y de la vida, una luz incandescente en la oscuridad, que uno debe tener ojos para ver.

Hamann emergió transformado de esa experiencia. A diferencia de lo que afirmaban algunos conversos a las nuevas corrientes místicas que por entonces surgían en Europa —un poco en alianza con, o en violenta oposición a las tradiciones individualistas libertarias de la Ilustración—, Hamann no tuvo visiones místicas ni revelaciones singulares.

No hubo contacto entre él y los Martinistas o los Francmasones o cualquiera de las múltiples sectas iluministas cuyos núcleos alemanes se hallaban en Prusia Oriental y en Bavaria. Él se había convertido a la religión de su infancia, al protestantismo luterano. Es la aplicación que realizará de esa nueva luz, que brilló en él hasta el fin de sus días, lo que le confiere importancia histórica.

¿A qué se convirtió? No sólo a la sencilla fe de su niñez, sino a la doctrina que conocían todos los que estaban familiarizados con los escritos de los místicos protestantes alemanes y su seguidores en Escandinavia e Inglaterra, de acuerdo con los cuales la historia sagrada de los judíos no es simplemente un testimonio de cómo esa nación fue guiada de la oscuridad a la luz por la mano poderosa de Dios, sino que es una alegoría eterna de la historia interior del alma de cada individuo. Los pecados de cada hombre son los pecados de las naciones. A través de su conversión religiosa en Inglaterra, Hamann descubrió dentro de sí mismo todos los crímenes de los hijos de Israel; tal como aquellos tropezaron y cayeron y adoraron a los ídolos, él cayó en el hedonismo, el materialismo y el intelectualismo, y se apartó de Dios; y así como el bálsamo de la gracia divina le permitió a los hebreos levantarse y retornar al Señor, arrepentirse de sus pecados y reiniciar su lastimoso peregrinaje, de igual modo él volvió a su Padre, y Cristo renació en él, y él lloró su penosa contrición y fue salvado. El relato de las errancias de los israelitas, su *Reisekarte* —según lo declara el propio Hamann—, era la historia de su propia vida, su *Lebenslauf*.

Ese era el sentido intrínseco de la palabra bíblica. Quien la comprendía, se comprendía a sí mismo —toda comprensión de algo era auto-comprensión, pues lo único que puede comprenderse es el espíritu, y para hallarlo, el hombre sólo tiene que (y debe de) buscar en sí mismo. La palabra de Dios era la escala entre el cielo y la tierra, escala que fue enviada para socorrer a los hijos débiles y simples —sólo ella les otorgaría una vislumbre de lo que son y de la razón por la cual son tal como son, y de cuál es su lugar, y de qué deben hacer y qué deben evitar hacer. La Biblia era una gran alegoría universal, un parangón de lo que ocurría en todo lugar a cada instante. De ese modo se entendería propiamente la historia humana y la naturaleza —comprendidas no con los ojos de la razón analítica, sino con los de la fe, con los de la confianza en Dios y con los del auto-examen, pues todos ellos son una sola cosa.

En comparación con lo anterior, el resto de la vida de Hamann es irrelevante. Regresó a la casa de su protector, Berens, quien lo recibió con gran afecto y de inmediato comenzó a maquinar con Kant para conseguir un nuevo puesto para él. Kant sugirió que podrían escribir juntos un libro de texto sobre física, pero sus puntos de vista divergentes hicieron imposible dicha colaboración.<sup>10</sup> Hamann le propuso matrimonio a la hermana de Berens, Katharina, mas retiró la oferta una vez que la vetara su hermano. Hizo uno o dos viajes para visitar a sus amigos en la costa báltica, y luego asumió un puesto mal pagado en la oficina del Departamento de Guerra y Territorios de la Corona. Lo mantuvo por una temporada, pero le aportaba demasiado poco, incluso para lo que eran sus modestas necesidades —aunque le gustaba la buena comida y bebida, sus placeres eran contados. Retornó a la casa paterna y colaboró en el *Königs-*

*bergsche Gelehrte und Politische Zeitungen*, una empresa financiada por el librero Kanter, quien fuera siempre excepcionalmente amable con él, al prestarle libros y animarlo en todo. Comenzó a publicar sus extraños pero atrayentes panfletos: fragmentos, ensayos inconclusos, mixturas singulares de filosofía, crítica literaria, filología, historia y testimonios personales; atrajo la atención de los *literati* berlineses que trataron de absorber a ese extraño talento hacia su círculo —sin éxito, como pronto pudieron darse cuenta.

Hamann no se casó, si bien vivió con una de las sirvientas de su padre, a quien le fue fiel toda su vida y con quien procreó cuatro hijos. Era una mujer sencilla, iletrada y afectuosa, cosa que él aprovechó con gusto como excusa para rechazar puestos que pudieran avergonzarla. Dejó el periodismo para regresar al servicio público y en 1767 se convirtió en oficial de la Administración General de Impuestos y Aduanas, dirigida entonces por uno de los expertos franceses de Federico, con el que Hamann mantuvo la peor relación. Para entonces había ya conocido a Herder, quien se hizo su discípulo fiel y apasionado, y conforme Herder se volvió más famoso e influyente, difundió la palabra de su maestro por todos los territorios germano parlantes.

Hamann se dedicaba a atacar a los teólogos liberales —que eran para él más despreciables que los ateos— a través de oscuros panfletos polémicos a los que daba títulos grotescos. El coqueteo con Mendelssohn llegó pronto a término y fue seguido por otro con F.K. von Moser, un burócrata ilustrado que se sentía fascinado por su originalidad. Se carteo con Lavater, el pastor suizo que fue campeón de modalidades diversas del iluminismo y la experiencia religiosa de su tiempo, y que fuera célebre por su teoría según la cual el análisis fisiognómico suministraba la clave para el conocimiento de las variedades del carácter, la disposición de ánimo y el talento. Viajó ocasionalmente a Alemania occidental y por lo menos una vez a Polonia.

Años más tarde, se encontró con el filósofo F.H. Jacobi, uno de los más famosos pensadores de su tiempo, y conquistó su inteligencia y corazón; Jacobi reemplazó a Herder en el afecto de Hamann y se hizo su discípulo y admirador más devoto. Hacia el final de su vida renunció a su cargo, dado que se sentía bloqueado por humillaciones indecibles y actos de maldad enderezados por sus superiores en contra de su persona. No debió haber sido un oficial muy competente: toda su vida lo obsesionó la idea de que su aborrecimiento de la abstracción era garantía suficiente de su naturaleza práctica y sus capacidades. Pasó sus últimos años en bienestar, pues el opulento Jacobi lo presentó con un aún más rico seguidor de la fe llamado Buchholtz, y con una dama *exaltée*, la princesa Golitsyn —viuda alemana de un diplomático ruso. Aunque parece ser que Buchholtz estaba un poquito trastornado, la princesa Golitsyn era perfectamente cuerda, una católica que veía en Hamann un santo a cuyo amparo obtenía el mayor alivio espiritual de su vida. Hamann murió en casa de la princesa, en Munster, en 1788, y está sepultado en las cercanías —fue una figura singular y enigmática hasta el fin.

En la mayoría de las historias de la literatura alemana y europea Hamann es considerado —si acaso se le menciona—

como uno de los inspiradores del movimiento literario alemán conocido como *Sturm und Drang*, entre cuyas características principales estaban la convicción de entregarse al sentimiento y la pasión espontáneos, la abominación de las reglas, y el ansia del artista por la expresión y la afirmación personales sin freno, ya fuera en su vida o en su creación —la concepción del poeta y pensador como ser superior, que padece agonías que el común de la gente desconoce, que busca la autorrealización de manera inaudita, única y violenta, que obedece sólo a su pasión y voluntad. Ciertamente es probable que Hamann, quien escandalizó un poco a sus contemporáneos cuando imprimió el emblema de Pan encornado en algunas de sus obras, contribuyera a estimular con su obra a algunos de sus contemporáneos que lanzaron violentas arremetidas contra el clasicismo y el orden; efectivamente, Hamann subrayó las fuentes irracionales del poder creativo del hombre. Si bien nunca exhortó al frenesí divino, se manifestó menos en contra de él que los campeones del neoclasicismo que lo rodeaban.

De todos modos hay que tasar su romanticismo. No era un irracionalista de "celestes borrascas". Cuando Lavater le escribió para confesarle sus agonías espirituales por no estar plenamente seguro de su fe, Hamann respondió: "Come tu pan gozosamente, toma tu vino con alegría, pues tu trabajo place al Señor." Ocuparse demasiado profundamente de la propia condición espiritual es carecer de la fe en Dios, esa sencilla e inocente fe que fundamenta todo lo demás; las dudas y torturas interiores (que ciertamente no eran ajenas a Hamann) no son más que síntomas patológicos. A Jacobi, quien se quejaba de que no podía concertar su cabeza con su corazón, le contestó en términos semejantes: la sumisión, que no la lucha prometeica, es el camino hacia la serenidad y la verdad, por inconmensurables que puedan ser los obstáculos en nuestro camino. Nuestros padres oyeron "la voz de Dios que paseaba por el jardín al fresco del día".<sup>11</sup> Quizá nunca podremos volver a aquel estado, pero esa es la radiante visión a cuya luz debemos vivir. Somos los niños de Dios, y mientras vivamos sabiéndolo no nos descarriaremos.

De modo semejante, recomendó a la católica princesa Golitsyn —a quien atormentaba su conciencia intranquila acerca de si había hecho todo lo que una buena cristiana debería, y si había vivido una vida lo suficientemente pura y dedicada—, que sembrara su semilla y confiara en Dios. Que no esperara a que la semilla floreciera; que no buscara demasiado ansiosamente una conciencia tranquila: uno debe aprender a soportar la propia "nadería" (*Nichtigkeit*) y tener fe en la misericordia divina. Uno debe hacer lo que le parezca que está bien, y luego dejarlo hecho y punto. Preocuparse por la propia virtud es una espantosa arrogancia que levanta un muro en contra del Señor.

A la princesa le inquietaba especialmente la educación de sus hijos. Por su diario íntimo sabemos que el manso sermón de Hamann sobre la santidad de la humildad, sobre la necesidad de aprender a estar contentos, de hecho felices de la propia insignificancia, la liberó de su tormento interior. Dios nos habla a través de sus obras, a través del mundo que nos dio y que le dio especialmente a nuestros sentidos —no hay que intentar reducirlo a El o a su mundo a una esencia interior, a una entidad irreducible y última. Hay que aceptar lo que está dado —la carne, las pasiones—

y no tratar de explicarlas, transformarlas o deducir su proveniencia. Lo que fue dado está dado; aprender a someterse es aprender a entender.

A pesar de esto, Hamann tenía ideas interesantes acerca del genio. La noción del impulso creativo, libre y espontáneo que se manifiesta en el hombre que no obedece a regla alguna y crea tal como el viento sopla: esta idea impregna, como podría esperarse, todo lo que escribió; desde luego que no fue él quien le dio origen, pero le dio un sentido nuevo e históricamente relevante. La noción de que el genio es un alieno divino, de modo que el artista no siempre sabe qué es lo que está haciendo pues no es más que un instrumento a través del cual se expresa un poder más alto —sobrehumano—, es por lo menos tan antigua como el *Ion* platónico. El famoso ensayo de Edward Young sobre la materia<sup>12</sup> desató entre los alemanes un considerable volumen de sentimiento reprimido. La segunda mitad del siglo XVIII está llena de denuncias de reduccionismo y especialización contra todo lo que despoja y confina al hombre, y que evita además la más acabada realización del "hombre total", que se concibe como un proceso armónico hasta entonces impedido sólo por el error o el vicio humanos y las destructivas instituciones que éstos prohijaron. Lo anterior no se limitó a los escritores alemanes: también Diderot habla de la batalla entre el hombre natural y el artificial que se debaten en el interior del hombre civilizado, y el sermón de Rousseau acerca de las consecuencias destructivas de las instituciones humanas sobre quienes son educados en ellas es muy conocido. Pero la verdadera revuelta en contra del neoclasicismo es alemana, y estuvo dirigida contra el ascendente de los pensadores de París.

Aunque Hamann fue uno de los primeros pensadores europeos que protestaron contra los efectos de la educación francesa y de las doctrinas francesas basadas en una falsa psicología y en una visión falsa de Dios y la naturaleza, no es allí donde radica su mayor originalidad en este terreno. No le interesa en lo fundamental crear las condiciones para que un pequeño grupo de elegidos tenga oportunidad de expresarse libremente a expensas de, o en todo caso más allá del horizonte del hombre común. Ni se interesa por la concepción social del genio tal como fue tratado, por ejemplo, por los enciclopedistas franceses, algunos de los cuales pensaban que en una sociedad racionalmente organizada cualquiera podría, por principio, ser convertido en un genio —tal como Trotsky, por ejemplo, parecía creerlo (esto es lo que Diderot, con ese su característico sentido de realidad, ridiculizó agudamente en su ensayo a propósito de *Sobre el hombre de Helvecio*); tampoco coincidía con Mendelssohn y Nicolai, para quienes el genio consistía en la comunicación de ideas hasta alcanzar su universal aceptación, de modo que elevaran la vida humana a un nuevo plano.

Abiertamente en contra del énfasis en las condiciones sociales, Hamann creía que el genio era individual y que no podía ser criado o cultivado por la organización social; cada hombre era lo que era, percibía lo que percibía y hablaba con quienes lo entendían —no con todos, sino con aquellos con quienes mantenía una relación especial; qué tan grande o pequeño sería su número, eso no podría decirse. Contra Mendelssohn y Nicolai, afirmaba que sólo los hombres libres pueden comprender, e inspirar y ser inspirados; mientras que la libertad consiste en ser cada quién su propio amo

y su más fiel súbdito al mismo tiempo; la aceptación de reglas generales es siempre esclavitud —aquel que confía en los juicios de otros más que en los propios deja de ser hombre. Aunque Winckelmann había dicho que por medio de la imitación de los griegos el hombre moderno se haría inimitable, Hamann tenía sus reservas. Como Prometeo, debemos robar el fuego divino, y no conformarnos con representárnoslo; quien desee robar el arte de la fantasía y de la libertad de arbitrio debe saber que atenta contra la honra y la vida de éstos. Debemos perpetrar “un rapto prometeico de la luz primigenia y animal de la naturaleza”; de aquí proviene la dicotomía entre originalidad y esclavitud, entre espontaneidad y abdicación; de aquí, también, la hostilidad frente a los modelos clásicos y la versión utilitaria, u otra cualquiera, del didactismo moral y estético.

Pero este no es el principal interés de Hamann. No le preocupan las necesidades de la elite artística. Es un moralista y un crítico de la vida que desea emprender una guerra contra los enemigos de la humanidad en general; desea contribuir a la liberación del ser humano como tal. Su originalidad consiste en que supo traducir a la vida el recurso a la autoridad de la conciencia individual junto con el repudio a la autoridad institucional, que en él dimanaba de su educación pietista; aunque hay que señalar que con el concepto de “ser” él da a entender una entidad que se halla en comunicación constante con los demás y con Dios, y que percibe la verdad, tanto práctica como teóricamente, únicamente a través de esas relaciones y sometiéndose a ellas: el auto-conocimiento (que según él se obtiene en comunión con Dios) no es una amenaza contra la propia libertad, ni un doloroso acto de artificial disciplina auto-impuesta. Rechaza enteramente el puritanismo de los pietistas, o sea la noción de que el hombre no es otra cosa que un recipiente impuro, una aglomeración de pecado y corrupción, y que ya que todos los hombres están de antemano condenados deben buscar la manera de desenraizar de sí todos los deseos naturales: “La victoria consiste en la muerte; la vida consiste en morir”, según rezaba el verso pietista contemporáneo.

Con parejo ímpetu, Hamann se opone tanto a lo anterior como a la armonización utilitarista de las pasiones, según era postulada por los filósofos franceses. Llega incluso a aceptar la doctrina pietista de que la razón es una serpiente ponzoñosa, el mayor de los herejes, el gran enemigo de Dios y su verdad, tal como lo diría Johann Konrad Dippel quien pensaba —como Schopenhauer, quien lo seguiría en esto— que todo el sufrimiento era causado por una sed que jamás habría de saciarse, cosa que intentó demostrar con ejemplos de niños que murieron extáticamente. Pero sólo hasta este punto acompaña Hamann a esa torva secta, y su ruptura será más tajante que la de otro de sus vástagos, Emmanuel Kant. Sus elogios en honor de su modesta mujer campesina — o de hecho su motivo para vivir con ella— están arraigados en el aprecio de lo que le parecía saludable, inocente, natural, libre de la tortura interior a la que conduce a los hombres cultos el mal uso del sentido común y de los lenguajes que Dios implantara en nosotros: son preferibles el provincianismo y las raíces en la vida local, a la uniformidad exangüe, a las plantas de invernadero, a la muerte en vida de los académicos sofisticados; el mayor crimen consiste en divorciar, por un lado el intelecto, y por el otro

los “abismos más profundos de la sensualidad más tangible”. “¡Hágase la luz!”

Esta es el gozo en la creación, un gozo sensual. Dios mismo se hizo carne, de otro modo no podría interpelarnos, pues carne somos; pero hemos dividido espíritu y carne. “Reunir los fragmentos separados —*disjecti membra poetae*— es la tarea del estudioso; interpretarlos, la del filósofo; imitarlos o darles forma [*sie in Geschick bringen*], es la del poeta.” Dios no es un matemático, sino un artista. La poesía brinda unidad y vida. De tal modo que la historia es un valle de huesos exánimes si no arriba un profeta, como Ezequiel, para arroparlos de carne.

Vivir verdaderamente y crear son una y la misma cosa: tal es la sustancia de la “rapsoía en prosa cabalística” que lanzó contra Michaeli en 1762 con el título de *Estética en una nuez*.<sup>13</sup> “*Leben ist actio*”—la vida es acción, no un poder metafísico impersonal, como la Idea autogeneradora de Hegel o la *praxis* de Marx que es difícil de identificar en términos espaciales y temporales concretos, y que incluso en la terminología más materialista conserva la calidad mítica de sus orígenes metafísicos; sino la acción cotidiana, la fe en el instinto, en ese entendimiento sin el cual no hay comunicación con los otros en el encuentro frente a frente con los hombres y las cosas, en la plenitud de la vida. Así es como crean los artistas, pero es también así como cualquier hombre logra la realización de lo más humano que hay en él, y también como las sociedades alcanzan la unidad de espíritu, y sus miembros esa mezcla de sabiduría práctica, amor y satisfacción sensual que distingue a los seres humanos plenos de las absurdas invenciones bidimensionales de los teóricos, y de esa desecación y alienación interior de los propios teóricos que los lleva a confundir la vida real con sus estilizadas e inanimadas categorías. El *connoisseur* que se apoltrona en su estudio y contempla primero un cuadro en la pared y luego un libro sobre la mesa, no es en absoluto un ser humano viviente sino una marioneta. Los *beaux esprits* para los que los franceses escriben nunca verán la aurora del nuevo día, pues no creen en la resurrección de la carne. ¡No! La naturaleza es como las consonantes hebreas a las que les falta la vocal, una ecuación con por lo menos una incógnita, incógnita que podemos sondear sólo a través de la acción, y no por la contemplación obediente de las reglas.

¿Qué clase de acción? Hamann habla, como siempre, metafóricamente. Debemos forzar a la naturaleza, penetrar y hacernos uno con ella: “La Naturaleza es nuestra vieja abuela... cometer incesto con ella es el mandamiento más importante del Corán de las artes, aunque nadie lo sigue.” ¿Cómo podrían hacerlo los fastidiosos *connoisseurs*, toda vez que se avergüenzan de la naturaleza, la ocultan y sólo se ocupan de las bonitas ropas con que la cubren? Las denuncias que hace Hamann de los racionalistas, y su énfasis sobre la sabiduría que surge de la verdadera participación en la vida —en su nivel más alto por el genio, y en el plano común con los seres humanos que buscan su propia plenitud— son quizá el primer himno al rechazo de las reglas, las normas y la contemplación en favor de la acción. “Piensa menos y vive más”, le dijo a Herder —en esa tradición de los campeones de la vida opuestos a la “gris teoría” según la denominó Goethe,<sup>14</sup> que comienza formalmente con el *Sturm und Drang* alemán a partir de la novela *Ardinghelo* de Wilhelm Heinse, con su

llamado apasionado a arrojar lejos toda convención y dejar a las pasiones colmarse por sí mismas, sin importar con qué fuerza de destrucción ni el escándalo que puedan suscitar entre la respetable sociedad, pasando por *Allwill y Wolde-mar* de Jacobi (con su doctrina central de que "Lo que no puede ser tomado a mal... no vale la pena; y lo que no se presta a abuso tiene escaso valor práctico"), hasta el culto al individualismo sin trabas de la *Lucinde* de Friedrich Schlegel que suma y sigue hacia Byron, Max Stirner, Nietzsche, Knut Hamsun y D.H. Lawrence.

Heinse: "Cada criatura tiene el derecho natural de apropiarse de todo lo que le rodea hasta los límites de su poder"; estos límites quedarán determinados solamente por la resistencia de otras criaturas. Todos los llamados a la disciplina son meras manifestaciones del "orden burgués que arruina al hombre", tal sucede con la "bárbara legislación". Estas doctrinas —que según admite el mismo Heinse pueden parecer salvajes, licenciosas y horripilantes a la masa del público filisteo, pero que gobernarán las vidas de los verdaderamente libres, los únicos que las comprenderán— no fueron compartidas por Hamann, quien creía en la sumisión a las leyes de Dios según se presienten interiormente con todo el propio ser. Aunque Hamann se opuso al espíritu global de este llamado a la anarquía, admiraba la novela donde se hallaba contenido. "*La belleza es la aparición de nuestro entero ser sin impostura*", decía Heinse, y esa era también la doctrina de Hamann. La belleza es la vida en su forma más característica, plena, dinámica y tangible, pletórica de conflicto y contradicción —y no mitigada y reordenada por algún francés de peluca y medias de seda redimido por la teoría. Esta es la doctrina que Hamann comunicó a Herder, y que estaría destinada a influir en el romanticismo alemán, y a través de él, a todo el pensamiento europeo.

Hamann aborrecía las imitaciones domesticadas de esta actitud, aún más que el materialismo de los franceses. Detestaba a Laurence Sterne, por ejemplo, que era muy admirado por los románticos, pues aunque había surgido del rompimiento con las convenciones y las reglas, se solazaba demasiado en su propia idocilidad, su actitud era demasiado narcisista y no lo suficientemente apasionada y sincera, no era seria, era una mera afectación de anticonvencionalismo fundada totalmente en la convención, un indulgente estremecimiento de lo filisteo y lo ortodoxo; igualmente detestaba la poesía "anacreóntica" de C.M. Wieland y sus discípulos, esos ejercicios seudo-idílicos más remotos de la *actio* que, digamos, la errática pero formidable actividad de un Voltaire, cuya brillantez y brío Hamann admiraba tanto como condenaba sus doctrinas.

El lector se preguntará por qué Rousseau no está incluido en este catálogo del naturalismo anti-intelectual. La razón es que la actitud de Hamann hacia Rousseau, como las de otros muchos antirracionalistas hacia él, es sumamente ambivalente. Por un lado, para Hamann, el *Emilio* y *El contrato social* son tratados racionalistas con una visión artificial del hombre digna de Voltaire, del abate Raynal, de d'Alembert o de los miserables racionalistas berlineses, hombres que en la batalla contra el fanatismo se hicieron a su vez fanáticos racionalistas, asesinos, incendiarios, ladrones, defraudadores de Dios y del hombre. Rousseau es un utopista, un chapucero abstracto; su teoría de la educación

se funda en el mito absurdo de la "naturaleza bella, el buen gusto y la razón equilibrada"; pero la escuela no es pacífica armonía entre maestro y alumno, como lo quiere Rousseau, sino "como Dotán, una montaña de Dios llena de fieros corceles y carrozas en torno a Elías." Pero, por contraparte, hay una "fascinación sensual" en sus novelas mayor que en las de Richardson, y su amarga indignación hacia los salones y los convencionalismos, así como su anhelo de "servir a los hombres con su conocimiento del corazón humano adquirido tanto por los excesos propios cuanto por los ajenos", le resultan afines.

Todo esto, antes de que hubiera leído las *Confesiones* de Rousseau; de hecho antes de que hubieran aparecido. Tuvo también unas palabras amables para Diderot, el más alemán de los franceses quien, a pesar de sus puntos de vista terriblemente racionalistas, se da cuenta de que las reglas no son todo, de que "algo más inmediato, íntimo, oscuro, *certain*" es lo que verdaderamente importa. De todos modos, Diderot sigue una falsa filosofía —ocasionalmente se arrepiente de ella, pero recae constantemente en el error. Hamann hubiera aprobado el himno triunfal que Diderot dedica al genio (en una sección de un *Salon* dedicado al pintor Carle Van Loo) como algo oscuro, montaraz, inaccesible, opuesto al parloteo, al encanto y la dulzura de los ingenios de moda. Con todo, Hamann es inconstante: saluda con la admiración más apasionada a *La nueva Eloísa*, pero luego la ataca. Saint-Preux es un idiota y Milord Edward no es inglés. Julie no merece ni el amor ni la admiración, ni tampoco ese sacrificio absurdo de ambos al insostenible Wolmar; el lenguaje de Rousseau no es el de las pasiones sino el de la retórica. Es completamente falso. Completamente francés.

Aunque el tono de Rousseau, especialmente en *La nueva Eloísa* y en las *Confesiones*, es el de un espíritu libre y rebelde, la causa por la que aboga es el derrocamiento del viejo yugo —tanto en las convenciones sociales como en la ciencia y el arte— para imponer, de nueva cuenta, una de esas eternas leyes que están canceladas en nuestros corazones: la vieja moralidad predicada por Platón y todos los verdaderos sabios de todo tiempo y lugar. No era eso por lo que Hamann abogaba. Él deseaba destruir lo que le parecía ser el sistema congelado y fijo de reglas y preceptos para devolver al hombre el sentido de su unidad con Dios, y hacer que Dios perviviese espontáneamente en él —si bien en una relación difícil— sin obedecer a regla escrita alguna, ya fuera efímera o eterna, mucho menos eterna. Por lo que, a fin de cuentas, Rousseau era para Hamann lo que Protágoras para Sócrates: quizá el mejor de los sofistas, pero sofista al fin.

Goethe dijo a propósito de Hamann (al canciller Müller): "Tuvo una mente clara en su tiempo, y sabía lo que quería"; pero Kant afirmó: "El difunto Hamann tuvo el don de pensar las generalidades, pero careció de la facultad de señalar claramente los principios, o en todo caso de sacar en claro algo específico de su comercio al por mayor." Esto es tan divertido como cierto. A Hamann no le inquietó lo que sabía que Kant pensaba de él; por el contrario, le confirmaba su opinión de Kant como un hombre inteligente pero ciego—que mantenía los ojos fuertemente cerrados frente a la realidad para así percibir más claramente sus imaginarias estructuras interiores. Podría haber secundado a Klinger, el dramaturgo romántico, quien dijo: "El Coloso de Rodas de hierro de

Kant —su imperativo— o su fantástica piedra de toque que se suspende de un cabello sobre el mundo moral” no era un instrumento propicio para explicar o juzgar a la humanidad. Hamann, que no era un hombre del todo modesto, se veía a sí mismo como un Sócrates alemán que rechaza trabarse en vana conversación con los sofistas, acalla a los importunos atenienses que lo fastidian con demasiadas preguntas, y alienta a sus discípulos para que venzan su propia vanidad siguiendo su ejemplo. Su empresa consistía en hacer estallar los valores instituidos, tanto los de la tradición como los de la filosofía, y organizar una contrarrevolución de vuelta a la sencillez y la fe, contra la arrogancia y el optimismo de la nueva ciencia.

Sócrates intentó su labor a través de la razón analítica. Hamann se veía a sí mismo haciéndolo a través de otros métodos, rompiendo con las convenciones y las expectativas establecidas por medio del empleo de toda arma que pudiera hacer pedazos la corteza de la costumbre y el dogma. Según su criterio, ésa era la justificación de su estilo hermético y sus misteriosas fórmulas con las que trataba de confundir, intrigar y avispar al lector; su frenética carrera de un tópico al otro, su deliberadamente desordenada sucesión de ideas, su constante personificación de figuras fantásticas extraídas de la mitología o la poesía, o esa salvaje y extravagante imaginación suya —cualquier cosa con tal de parar en seco al lector, acosarlo, asombrarlo, irritarlo y abrirle la ventana hacia nuevos parajes; sobre todo, romper el orden normal de las asociaciones al que lo habrían acostumbrado su propia vida sin autocritica o la autoridad de sus guías espirituales o literarios. Dentro del lector así despabilado, él pensaba verter la palabra verdadera de Dios —la unidad de carne y espíritu, la unicidad de la vida, la necesidad de vivir y crear, la supremacía del credo, la fragilidad de la razón, lo fatalmente ilusorio de todas las respuestas conjeturadas, de todas las teorías construidas, de todo lo que se maquina para adormecer al espíritu en el falso sueño de la realidad. La verdadera imagen del hombre práctico es la de un sonámbulo, un hombre que con infinita sagacidad, reflexión y coherencia habla, actúa y ejecuta empresas riesgosas con tacto más seguro que si lo hiciera —o pudiera hacerlo— con los ojos siquiera un poquito abiertos.

Esta paradoja encuentra eco en casi todos los escritores románticos: la confianza del sonámbulo que proviene de su ceguera —la realidad es perturbadora, pero debe ser enfrentada. La única manera de despertar a seres que están tan engañados es destruyéndoles los lentes a través de los cuales miran la realidad corrientemente, simulando la locura con los métodos que después usarían Novalis, E.T.A. Hoffmann, Gogol y en nuestro tiempo Pirandello, Kafka y los surrealistas. Por supuesto que sólo hombres de genio original pueden lograrlo, y Hamann creía desde luego que él era uno de ellos, no menos que Sócrates. El genio no es saludable, es más bien una enfermedad divina que, como dice Hipócrates, es al mismo tiempo divina y humana —*panta theia kai panta anthropina*, aquello que une al cielo y la tierra. El genio está loco en un sentido mundano, pues la sabiduría de este mundo es locura, y la razón sólo sirve para exponernos a nuestra propia ignorancia —para conducirnos a la humildad—, no para darnos conocimiento. Eso lo aprendimos de Sócrates. Pero, como dice acertadamente Hume, la razón tomada en sí

misma es impotente, cuando gobierna es una usurpadora y una impostora.

Este es el mensaje medular de Hamann, y la justificación que hace de su método. Suponiendo que se tratase de una explicación racionalizada del hecho —digamos que era efectivamente un hecho— de que era incapaz de escribir con claridad porque sus pensamientos eran turbios y caóticos, la apología es ingeniosa y tuvo un portentoso efecto histórico. Kant se mostró propiamente horrorizado: “No queda más que reír” afirmó, ante estos “hombres de genio, o quizá monos de genio”; “no queda más que reír y seguir por el propio camino con apego, orden y claridad sin prestar atención a estos estafadores”. No cabe duda de que estaba en lo correcto. No obstante, quién sabe si los mundos de Herder, Friedrich Schlegel, Tieck, Schiller y desde luego Goethe hubieran visto la luz sin la revuelta de Hamann, o en todo caso sin alguna revuelta similar.

Herder debió mucho a Hamann; él y Jacobi —cuya deuda con él es mayor—, junto con los hermanos Schlegel, fueron los principales subvertidores de la tradición del orden, del racionalismo y del clasicismo, no sólo en Alemania sino en toda Europa. *De l'Allemagne*, de Madame de Staël, abrió el telón a una parte de esta turbulencia. Las doctrinas de Fichte y Schelling, e incluso de Hegel, que al lector cultivado en la tradición filosófica anglo-sajona se le presentan como violentas irrupciones en la bien ordenada procesión de los sanos y escrupulosos pensadores racionalistas europeos, apenas podrían haberse manifestado sin esta contrarrevolución, que ha arrojado alternativamente luz y sombra sobre el escenario europeo, y que está indisolublemente conectada —ya sea como causa o como síntoma— con los fenómenos más creativos y destructivos de nuestra época. Es la revuelta de la que Hamann fue el primer abanderado y quizá la figura más original.

## NOTAS

<sup>1</sup> Las ediciones completas acreditadas de los escritos de Hamann son: Johann Georg Hamann, *Sämtliche Werke*, editada por Joseph Nadler (Viena: Herder, 1949-1957), y Johann Georg Hamann, *Briefwechsel*, editada por Walther Ziesemer y Arthur Henkel (Wiesbaden y Frankfurt: Insel, 1955-1979).

<sup>2</sup> Goethe consideraba a Hamann como un gran *despertador*, el primer campeón de la unidad del hombre —la unidad de todas sus facultades, mentales, emocionales y físicas se lograba en sus creaciones mayores—, de ese hombre mal entendido, mal representado y, de hecho, dañado por la disección de su vida hecha por la exangüe crítica francesa. En el libro 12 de *Dichtung und Wahrheit* Goethe expresa el principio central de Hamann en estos términos: “Sea lo que fuere que el hombre desea lograr —por obra o de palabra...— deberá tener como fuente sus poderes enteramente unificados, ya que todo lo que esta dividido carece de valor.” (Véase Goethe, *Aus meinem Leben: Dichtung und Wahrheit* editado por Siegfried Scheibe, Vol. I, Berlin: Akademie, 1970, pp. 424-427, cita en la pág. 426, línea 7.) Goethe escribió a Frau von Stein sobre su deleite de captar del sentido de lo que dice Hamann más que la mayoría de la gente. *Goethes Liebesbriefe an Frau von Stein 1776 bis 1789*, editado por Heinrich Düntzer (Leipzig, 1886), p. 515 (carta del 17 de septiembre de 1784).

Que actualmente forma todavía parte de la Federación Rusa, y que desde 1946 lleva el nombre oficial de Kaliningrado.

<sup>4</sup> Véase la interesante relación contenida en *Anton Reiser*, la novela de Karl Philipp Moritz, el admirador de Goethe.

<sup>5</sup> Aparentemente, las guerras de Sucesión española y austriaca, los rayos y truenos que culminaron en la Guerra de los Siete Años, las guerras anglo-francesas y las guerras coloniales en la India y en otras regiones no hicieron ningún impacto en él.

<sup>6</sup> Edward Young, *Night Thoughts* (1742-1745), 24.

<sup>7</sup> Mantuvo este interés aun después de haber modificado sus opiniones fundamentales, como lo demuestra su estimación por los escritos de Galiani, el abate napolitano. Debe añadirse, no obstante, que los puntos de vista de Galiani eran en cierta medida no ortodoxos: discutía contra el libre comercio y el *laissez faire*, sostenía planteamientos no estrictamente económicos, del tipo de un estado socialmente paternalista, y no carecía de críticas contra Montesquieu. Véase Ferdinando Galiani, *Dialogues sur le commerce des blés* (Londres, 1770), y Philip Merlan, "Parva Hamanniana: Hamann y Galiani", *Journal of the History of Ideas*, Vol. 11 (1950), pp. 486-489.

<sup>8</sup> Véase Philip Merlan, "Parva Hamanniana: J.G. Hamann as a Spokesman of the Middle Class", *Journal of the History of Ideas*, Vol. 9 (1948), pp. 380-384, y J. Blum, *La Vie et l'Oeuvre de J.G. Hamann, le Mage du Nord, 1730-1788* (Paris: Félix Alcan, 1912), pp. 32-33.

<sup>9</sup> Rudolf Unger, en su excelente aunque abultado *Hamanns Sprachtheorie im Zusammenhange seines Denkens: Grundlegung zu einer Würdigung der geistesgeschichtlichen Stellung des Magus in Norden* (Munich: C.H. Beck, 1905) —incorporado más adelante, de forma más extensa, a su *Hamann un die Aufklärung* (Jena, 1911; Tübingen: Max Niemeyer, 1963)— señala paralelismos con las instrucciones para leer las

Escrituras de pietistas tales como Francke en 1693 y Joachim Lange en 1733. Esto es enormemente plausible, aunque Hamann nunca se hizo pietista ortodoxo y —para lo que sería una postura ortodoxa dentro del movimiento— se guió por múltiples preocupaciones y en direcciones inexplicables. Digamos que su relación con el pietismo es de algún modo análoga a la que Blake mantuvo con las corrientes No conformista y swedenborgiana en las que se crió.

<sup>10</sup> Nadie que no descienda a su nivel puede hablar con los niños, dice Hamann, es decir nadie que no los ame. ¿Cómo podría hacerlo un intelectual artificioso y vano? (Puede que haya algo de Rousseau aquí, la defensa del valor del *rappor*t emocional, pero Rousseau trataba con ideas amplias, mientras que Hamann insiste en casos concretos intuitivamente seleccionados.) Ningún filósofo sacrificará suficiente *amour propre* en predigerir el alimento para los niños. Y aun así, eso fue lo que Dios hizo para el hombre —se rebajó, le contó cuentos, descendió a su nivel, se hizo hombre, sufrió. Esto es lo que debe hacer el maestro de escuela. La Física es demasiado abstracta. La Historia o la Historia Natural son mejores. El Génesis es mejor que todo lo demás. Estas consideraciones se hallan en una carta dirigida a Kant, que éste no respondió.

<sup>11</sup> Alude aquí a Génesis, 3:8.

<sup>12</sup> *Conjectures on Original Composition* (1759).

<sup>13</sup> *Aesthetica in nuce*: "Una rapsodia en prosa cabalística" es el subtítulo de Hamann. ✱

© The New York Review of Books.

